

algunas horas; hasta que Cortés movido de las súplicas de los gefes choluleses que se habian escapado de la matanza y de los enviados mexicanos, consintió, por consideracion, segun dijo, á los representantes de Moteuhzuma, en llamar á sus soldados é impedir en cuanto pudo que continuaran los ultrages. Se permitió tambien á dos de los caciques fueran á prometer perdon y proteccion á todos aquellos de sus camaradas que volveran á la obediencia, cuyas medidas produjeron su efecto. Por los concertados esfuerzos de Cortés y de los caciques se apaciguó el desórden, aunque con mucha dificultad. Los combatientes, tanto españoles como indios, se reunian bajo sus banderas respectivas, y los choluleses; descansando en las seguridades de sus gefes, volvieron unos despues de otros á sus hogares.

El primer acto de Cortés fué influir en los guerreros tlaxcaltecas para que libertaran á sus prisioneros. Era tal su deferencia al comandante español, que convinieron aunque no sin alguna murmuracion, contentándose con los ricos despojos de los choluleses, que consistian en varios efectos de lujo desconocidos hacia mucho tiempo en Tlaxcala. El segundo objeto de su cuidado fué limpiar la ciudad, particularmente de los cuerpos muertos, que amontonados en las calles y plaza principal, comenzaban á corromperse. El general en su carta á Carlos V, expresa que murieron tres mil: los nas de los escritores dicen que seis; y algunos otros hacen subir este número. Como que una de las víctimas fué el mas anciano y principal de los caciques, Cortés ayudó á los choluleses á elegir su sucesor. Con estas pacíficas medidas se restableció gradualmente la confianza. Los habitantes de las inmediaciones, alentados con las seguridades que recibieron se trasladaron á la capital á cubrir el lugar de su poblacion disminuida. Abriéronse otra vez los mercados, y continuáronse las ocupaciones de una comuni-

dad ordenada é industriosa. Todavía los grandes montones de negras y menudas ruinas atestiguaban el huracan que habia recientemente soplado sobre la ciudad, y los muros que presenciaron la escena de la carnicería en el grande atrio y que permanecieron mas de cincuenta años despues del acontecimiento, recordaban la triste historia de la matanza de Cholula.»

«Este pasaje es uno de los que han impreso una negra mancha sobre la memoria de los conquistadores. No puede considerarse en nuestros dias, sin horror, el estado de esa hermosa y floreciente capital, invadida en el silencio y entregada á los excesos de una ruda y cruel soldadesca; pero para juzgar exactamente del hecho, debemos trasportarnos al tiempo en que aconteció.» (1)

CAPITULO XVI.

Marcha de Cortés á México

Despues de la horrible carnicería que se esperimentó en toda la ciudad, volvió Cortés á su alojamiento donde cuarenta señores de la nobleza habian quedado aprisionados: y éstos rogando al general hiciera concluir tan formidable castigo, le propusieron salir algunos á llamar las mugeres y niños que andaban huyendo por los montes. Cortés mandó publicar un bando en que hacia suspender el estrago de las armas en toda la ciudad y se concedia un indulto general. Entonces empezaron á ocurrir todas las familias fugitivas, lamentando cada cual alguna víctima en aquella espantosa catástrofe: y de entre los muertos se levantaron muchos que solo fingieron estarlo para salvar la vida, y el general mandó poner en libertad á todos los prisioneros de ese dia y abrir las pri-

(1) Prescott lib. 3.º cap. 7.º

siones en que se guardaban las víctimas para los sacrificios. La noticia se circuló con la velocidad del rayo, y los tlaxcaltecas, huexotzincas y otros pueblos, mandaron al general la enhorabuena y renovar los testimonios de una sincera alianza. Los mismos choluleses juraron obediencia á los reyes católicos: se hizo la reconciliación entre los dos pueblos de Tlaxcala y Cholula; y se plantó el árbol de la cruz, en el lugar del templo mayor formado sobre la cima de la famosa pirámide.

Pronto llegaron tambien los embajadores mexicanos protestando la inocencia de su rey en el proyectado exterminio del ejército castellano: y para asegurar mas la fuerza de su palabra, traian un cuantioso regalo, de adornos de oro y plata, entre los que figuraban diez platos de oro y algunos pavos del mismo metal perfectamente trabajados, mil quinientos vestidos y algunos combustibles. Así que, con la severa lección dada á los choluleses y los testimonios de adhesión que recibió de todos los pueblos, conoció no dejar ya á su espalda enemigo alguno poderoso, y emprendió su marcha á la capital, acompañado solo de los bravos tlaxcaltecas, pues los totonecas no se creyeron seguros ni en la compañía de los terribles extranjeros, por el temor que tenían de que Moctezuma castigara los insultos hechos á sus colectores de tributos y los auxilios que habían prestado á los españoles. En el camino recibía el ejército embajadas de distintos pueblos que deseaban obtener su protección ó lo que es mas probable de escapar de un castigo tan terrible; y todas estas demostraciones eran acompañadas de diversos regalos mas ó menos valiosos segun la posibilidad de cada pueblo. De estos mismos pueblos que estaban quejosos tambien del despotismo de Moctezuma, dieron aviso al general de que el camino mas recto y seguro para llegar á México estaba obstruido por órden del mismo rey, con árboles cortados y estacadas

para impedir el paso del ejército; pero estos débiles obstáculos no podían detener ya la marcha de un hombre que para llegar á la rica corte del imperio azteca había arrollado ejércitos y arrostrado toda clase de peligros y sufrimientos. Cuando encontraron tales embarazos, los allanaron con auxilio de los mismos aliados, y el general disimuló las ideas que ellos le habían sugerido.

Pasó el ejército por entre las altas montañas el *Pococatepetl* la montaña que humea y la sierra nevada *Ixtaccihuatl* ó la muger blanca, á causa de su blanca vestidura de nieve. La supersticiosa credulidad de los indígenas, veía aquellas elevadas montañas como dioses, y tenía un horror que los hacía alejar de ellas, sin que jamás se atrevieran á subirlas. Algunos españoles manifestaron el deseo de trepar aquellas inaccesibles alturas: y Cortés para hacer ver á los indios que ellos eran capaces de acometer cualquiera empresa por atrevida que fuese, dió pábulo á los deseos de sus compañeros; y Diego de Ordaz con nueve españoles y algunos tlaxcaltecas emprendieron la subida, que aunque no fué perfecta del todo, trajeron algunos objetos que atestiguan hasta donde llegaron sus esfuerzos, lo cual aumentó la admiración con que los naturales veían á los extranjeros como una raza singular.

Esa noche se abrigaron de los helados vientos que soplaban, en algunos de los edificios que en varios puntos de los caminos, hacía poner el gobierno para albergue de los pasajeros: y al día siguiente, caminando por la sierra de Ahualco, no tardaron mucho en dar vista al valle de México con cuya vista pintoresca donde se mezclaban los bosques con los lagos y entre unos y otros tantas ciudades florecientes, entre las que se hallaba la gran *Tenochtitlan*, se creyeron compensados de las fatigas anteriores. El hermoso panorama que se acababa de presentar á los ojos de los soldados, les hacía ver á México como la Ve-

necia de los aztecas y todos exclamaron llenos de entusiasmo, «es la tierra prometida.»

En medio de muy distintos sentimientos á vista de un poder y una civilizaci3n que no esperaban, fueron descendiendo la sierra, recibiendo á cada paso regalos que les venian á presentar los habitantes de las aldeas vecinas, en medio de sus quejas contra el soberano, que les cargaba con pesados tributos á la vez que les arrebatava sus hijos para los grandes ejércitos que le sostenian en su opulencia y á sus hijas para satisfacer la sensualidad de sus cortesanos. Esto era lo que daba mas satisfacci3n al ambicioso corazon del conquistador, porque ya no dudaba que el trono del rey azteca estaba colocado en un volcan, pronto á hacer su terrible irrupci3n á la menor seña que él hiciera: y tanto esplendor y grandeza y los ricos tesoros que encerraban los muros de la reina de los lagos, habian de venir á quedar puestos á sus pies. Estos sentimientos que como un fuego eléctrico comunicaba á sus compañeros, alentaba el espíritu de aquellos pocos aventureros para acabar de coronar la empresa mas atrevida que debian contemplar los siglos.

Mocteuhezuma consternado por el suceso de Cholula, la resuelta marcha de los españoles y las pruebas de afecto que los pueblos salian á rendirle y que eran para él otros tantos terribles presagios de su ruina, se habia encerrado en el palacio de *Tliltlauhcamecatl* destinado solo para los dias de luto en la corte, y con ayunos y penitencias intentaba que los dioses volvieran sus ojos propicios á él y al imperio que habia heredado de sus mayores; pero entonces manifestaron las falsas divinidades su natural impotencia, y mientras los sacerdotes le inquietaban con funestos oráculos, la multitud referia diversas visiones, precursoras de una catástrofe para el imperio.

Movido de estos sentimientos, solo pensaba alejar de su vista á los fatales extranjeros y para conseguirlo, mandó una nueva embajada que encontró al ejército en *Inthualco* presentando á Cortés otro regalo á semejanza de los anteriores y ofreciendo pagar al rey de España un tributo anual, dando al mismo tiempo al general cuatro cargas de oro y una á cada uno de los soldados españoles, con tal que consintiera en volverse. Cortés dió las gracias á los embajadores y haciéndoles algunos obsequios, les manifestó no poder volverse sin llegar á cumplir con las instrucciones de su soberano. Aun no recibia Mocteuhezuma la respuesta de esta embajada, cuando se celebró un consejo al que asistieron el seño de Iztapalapan hermano del rey llamado Cuitlahua y el rey de Tezcoco Cacamatzin: éste opinó porque se recibiera á los españoles como embajadores de su soberano; y el primero quiso que se les negara la entrada, haciendo uso de la fuerza para hacerlos salir si insistian en avanzar. Mocteuhezuma abrazó el consejo de su aliado nombrándolo su representante, para que en su nombre saliera á recibir á los extranjeros, y conducirlos á México, haciendo antes la última tentativa y disuadirlos de su empeño en llegar á la capital. Cuitlahuatzin en vista de aquella resoluci3n, dijo á su hermano «los dioses quieran, seño, que no admitais en vuestra casa al que os arroje de ella, y que cuando querais poner remedio al daño; tengais medios y ocasi3n de hacerlo.» El tiempo justificó lo acertado de la prevision de este prudente y valeroso príncipe; pero el rey arrastrado por la fuerza de su destino solo contestó. «¿Qué hemos de hacer? Los hombres y los dioses nos abandonan á la vez que amparan á los extranjeros. Yo y los bravos que me rodean, podemos arrostrar la tempestad que nos amenaza y esponer á ella nuestros pechos; pero los an-

cianos y enfermos, las mugeres y los niños, demasiado débiles, no podrán huir ni pelear.»

El ejército había seguido su marcha por Amecamecan y Tlamanalco, donde Cortés recibió presentes de los señores, que esponiéndole sus quejas contra el déspota de Tenoxtitlan, se aliaron con él como los totonecas y tlaxcaltecas, de suerte que cada paso mas hácia la corte, era una nueva victoria por la alianza de algun otro pueblo que-sojo. Llegaron á la ciudad de Axotzinco primera ciudad situada á la orilla del lago de Chalco, donde por primera vez admiraron los españoles el modo que los indígenas tenían para fabricar en las aguas por medio de estacadas. En esta ciudad recibió Cortés la visita de Cacamatzin: iba este jóven rey, conducido en una litera, llevada por algunos nobles, yendo por delante algunos vasallos, para limpiar el camino de cualesquier objeto desagradable: la pompa con que se presentó este soberano indio, infundió serios temores á los estrangeros, pues consideraban cual seria el poder del gran Mocteuhezuma, y sin duda los mas hubieran preferido el regreso á Veracruz, antes que esponerse á contrarestar un poder tan formidable, pero el inflexible ánimo del general ya no podia contenerse en vista de obstáculos que consideraba débiles para el aumento que había tenido su fuerza y así, despues de recibir cortesmente á Cacamatzin, le manifestó lo mismo que á los nobles de la anterior embajada, y el rey tezcucano se volvió para esperar á Cortés en la capital, dejándole parte de la nobleza para que lo acompañara en su viaje.

El ejército marchó para Cuitlahuac, ciudad situada en una isla pequeña del lago de Chalco, la cual por su hermosura y magnificencia, era superior á todas las que antes habían visitado: y tanto esto, como el aprecio y respeto con que su numeroso vecindario hablaba del rey y de su gobierno, hizo cambiar la escena para los estran-

geros, pues la esperanza que había nacido en ellos por el desafecto con que hablaban todos los pueblos que hasta entonees habían visitado, se desvanecía ante el poder de aquella ciudad y las muchas que circundaban las aguas del lago, cuya fuerza á primera vista superaba con mucho á la de los pueblos que solicitaban su amistad. Pero ya no era posible retroceder y por el camino que pasa al lado opuesto, siguieron los españoles admirando el hermoso cuadro que á la vez de presentarles grandes espectáculos para su empresa, agusaba mas el deseo de poner término á ella para disfrutar de las prosperidades que les presentaban.

En Iztapalatenco salieron al encuentro de Cortés, los príncipes de la casa de Tezcoco, Ixtlilxochitl y Coanacotzin, con gran parte de la nobleza acolhua ofreciendo sus servicios y su alianza: y el gefe español prometió al primero su auxilio para recobrar la corona de Tezcoco á la que se creia con derecho. Entró luego el ejército á Ixtapalapan donde mandaba Cuitlahuatzin, ciudad que admiró mucho á los españoles, así por su numeroso vecindario, como por la riqueza y magnificencia de sus edificios, que Cortés comparó con los mejores de España; pero particularmente era notable la hermosura de sus jardines, de los cuales ya se dió antes una idea. Allí se dió al general y sus soldados un hospedage digno de la magnificencia de la ciudad, haciéndoles cuantiosos regalos.

Al dia siguiente ocho de Noviembre, dia de grandes recuerdos en la historia de México, porque en él fijó su planta por primera vez el poder de España, se hizo resonar el clarin para reunir el pequeño ejército español bajo el estandarte de la cruz. El fuego perpetuo que se mantenía frente al santuario de los innumerables teocallis de Tenoxtitlan, dieron á conocer el lugar de la capital del famoso imperio azteca; y á los primeros rayos

con que el sol doró el hermoso valle, se descubrió la magnificencia de aquel país sembrado de hermosas ciudades á la orilla de las aguas y entre ellas millares de canoas y las encantadoras islas de flores que fluctuaban sobre la reluciente superficie del lago, las que segun el testimonio de Bernal Diaz parecian á su admirada imaginacion los encantos referidos en la historia de Amadis de Ganla. Tomó el ejército el camino que conduce de Ixtapalapan para México, y á distancia de media legua encontraron el fuerte de Xoloc, donde los encontró una comitiva numerosísima de nobles aztecas, vestidos de gala con sus maxtlatl de finísimo algodón, sus tilmatli de ricos tejidos de plumas y la multitud de jollas con que contentaban la vanidad de su orgullo, los cuales anunciaban la venida del rey y debian conducir el ejército á la capital. Cada uno de los nobles fué haciendo la salutacion acostumbrada en el país, tocando el suelo con la mano que despues se besaba con gran reverencia, ceremonia que detubo por mas de una hora la marcha de los españoles.

Ordenado el ejército como si fuese á dar una batalla, marchó á la capital por aquella estensa calzada, cortada en varias partes con puentes levadizos de madera, lo cual daba á conocer á los estrangeros las pruebas de la civilizacion, y no menos servia para aumentar las inquietudes de los mas tímidos, pues conocean cuan fácil le era á Moctehuzuma poderlos aprisionar entre las aguas del lago, en que se levantaba magestuosa la metrópoli del mundo occidental. Cerca ya de la ciudad, Cortés tuvo aviso que se aproximaba el monarca mexicano: y efectivamente luego se dejó ver una comitiva á la que venian abriendo lugar entre la multitud, tres nobles que elevaban unas varas de oro, insignia con que se daba á conocer al pueblo la presencia del soberano. Moctehuzuma que entonces tendria cerca de cuarenta años, era

alto y delgado, pero de una complexion fuerte y bien formada: su cabello negro y suave estaba recogido con cintas sobre la coronilla de la cabeza, tenía poca barba y la palidez de su color aumentada por los graves cuidados que habian agitado su espíritu, le daban con su melancólica mirada, un aspecto grave, pero su porte era digno de un monarca y la benévola expresion de su semblante se traslucia al través del abatimiento en que su alma habia caido por el temor de sus grandes desgracias. Caminaba en una litera conducida por los nobles, y bajo un hermoso dosel de plumas verdes guarnecido de alhajas de oro y piedras preciosas, sostenido por otros cuatro nobles. Sobre los hombros y atado al cuello llevaba un manto ricamente adornado con preciosas joyas: en la cabeza una corona de oro con un penacho de las mismas plumas que caian sobre su espalda, distintivo del rango militar; y su calzado eran unas láminas de oro atadas al tobillo con correas ricamente guarnecidas: delante de la litera caminaban los nobles con paso lento y mesurado, descalzos en señal de acatamiento á la magestad real: y cuando estuvo á una distancia proporcionada de Cortés, este bajó de su caballo y el rey de su litera, apoyándose en los brazos de Cacamatzin rey de Tezcoco y Cuitlahua su hermano señor de Ixtapalapan: los nobles iban estendiendo ricas esteras para que los piés de su señor no se ofendieran con las asperezas del suelo, y toda la multitud bajaba los ojos durante el paso del rey. ¡Cuán diversas emociones causaria esta entrevista en aquellos dos personajes, cuyos nombres se iban á escribir juntos en la historia, para sellar la ruina de la famosa monarquía azteca! Cortés despues de muchos riesgos, se veía en presencia del señor de aquel dilatado y rico imperio: por la pompa con que se presentaba el soberano, podía medir la grandeza de su poder: tendria como un sueño, avasallar aquel pueblo gigantesco con

el puñado de aventureros que lo acompañaban; pero la fuerza de su voluntad, se hacia superior á todos los obstáculos. Moctehzuma, en aquel hombre de una raza para él desconocida, veía la imágen del que estaba anunciado por los oráculos, para arrazar de un soplo su efímera potestad. Ambos por entonces guardaron en su corazon las emociones de aquella primera entrevista, y cordialmente se saludaron, con espresiones de reconocimiento y un profundo respeto. Cortés puso al cuello del rey una cadena con cuentas de cristal y quiso darle un abrazo, pero Cacama y Cuitlahua asombrados de semejante profanacion lo contuvieron. El rey volvió á ocupar su litera y dejó á su hermano encargado de cumplimentar á los estrangeros, conduciéndolos al lugar que para su alojamiento se habia fijado en la ciudad.

Los españoles continuaron su marcha y entraron llenos de admiracion á la reina del Anahuac, donde contemplaban su estension, la magnífica arquitectura de sus palacios de tetzontli, sus elevados teocalis, las estensas plazas de sus mercados y la hermosura de sus jardines, á la vez que los sencillos naturales de la gran Tenoxtitlan, agolpados en las calles y en las azoteas de las casas, veian con asombro el pequeño ejército de hombres blancos atravesar sus largas y bien cortadas calles, marchando con bandera desplegada y tambor batiente, como una columna de aguerridos veteranos. Al fin se detuvieron en una gran plaza frente á la puerta oriental del templo mayor y en el palacio que habia sido del rey Axayacatl y donde probablemente vió la luz de este mundo el infortunado Moctehzuma su hijo, fueron hospedados los estrangeros que venian á destruir su imperio. El rey estaba á la puerta del palacio; y tomando un vaso de flores que llevaba un oficial de palacio, lo presentó á Cortés, á la vez que le puso al cuello una primorosa cadena de oro, donde estaban figurados algunos animales:

lo tomó de la mano y lo introdujo á una gran sala, sentándolo en un reclinatorio cubierto con delicados tapices de algodón; y despidiéndose luego con cortesía lo dejó para que tomara descanso, ofreciéndole volver luego. Aquel palacio era tan espacioso, que se pudieron alojar los españoles y los seis mil tlaxcaltecas sus aliados. Los muros eran gruesos y tenian algunas torres repartidas en varias distancias, lo cual hacian que fuera una fortaleza: las piezas con un aseó esmerado, tenian todas, camas de estereras de junco, con abrigos de algodón, bancos de madera hechos de una pieza: colgaduras de algodón en las paredes, y las salas principales, tenian el piso estirado. Cortés luego recorrió todo aquel basto edificio, colocó sus centinelas y la artillería para guardar las avenidas, y despues de prohibir bajo pena de muerte que sus soldados salieran del cuartel sin su licencia, vinieron á sentarse á un espléndido banquete que los nobles aztecas sirvieron á los capitanes españoles. En la tarde mandó Cortés hacer una salva con su artillería: el estallido del cañón que hacia estremecer aquellos edificios y el olor de la pólvora, que como una densa columna de humo subía sobre los muros del palacio de Axayacatl, llenó de espanto á los mexicanos y temblaron al considerar que aquellos hombres que abrigaban en su seno conforme á las leyes de la hospitalidad; derramarían entre su pueblo la desolacion y la muerte, con sus terribles máquinas que vomitaban fuego.

Despues se presentó Moctehzuma en el cuartel español, acompañado de su nobleza: el general lo recibió en el salon principal y ambos se sentaron en diversos reclinatorios, entablando una conversacion por medio de D.^a Marina, á la vez que los nobles mexicanos y capitanes españoles permanecian en pié. Cortés dió al rey una noticia de quien era su soberano, de la forma de su gobierno, de las costumbres de su pais y de los motivos

de su venida, que era para entablar relaciones amistosas con el gran soberano del imperio mexicano y de hacerle conocer la grandeza y ventajas de la religion cristiana. Moctezhuma hizo diversas preguntas á Cortés para informarse de la civilizacion de su pais, de los nombres de todos sus compañeros, de la graduacion de cada uno y otras cosas que le pareció conveniente para tener idea esacta de sus huéspedes. Despues sus ministros distribuyeron un regalo de algunas alhajas de oro y ropas de algodón entre todos los españoles, y la comitiva real se retiró con las mismas ceremonias de recíproca consideracion.

Al dia siguiente obtuvo Cortés el permiso de pagar al rey la visita en su palacio, el cual nos describen los autores fundados principalmente en la autoridad del célebre Fr. Toribio Benavente ó Motolina, del modo con que ya antes lo hemos indicado. Cortés se acompañó de los capitanes Alvarado, Velazquez de Leon, Ordaz y Sandoval vestidos con la mayor gala que pudieron; y seguidos de cinco soldados españoles, se encaminó al palacio real, por entre una numerosa multitud. Al llegar á la puerta, se ordenaron en dos filas: pasaron tres patios con sus hermosas fuentes, algunas salas y cuando llegaron á la puerta del salon de la audiencia, los nobles que los recibieron, los obligaron á descalzarse y cubrir sus vestidos con un manto de *nequen* tela tosca con que era necesario presentarse á la presencia del soberano.

Entraron al espacioso salon en cuyo extremo estaba sentado el rey en medio de sus consejeros favoritos y dando la mano al general lo hizo sentar con sus compañeros. Cortés por su intérprete Marina, le espuso con la claridad que le fué posible los misterios principales de la religion cristiana, muchos de los cuales no eran desconocidos para el rey azteca; pero este estuvo resistente en abandonar la multitud de dioses que decia le

eran tan buenos, y en destruir una religion de la que habia sido sacerdote y actualmente gefe supremo por serlo del estado. Hizo algunas esplicaciones sobre su resistencia á recibir ahí á los españoles y procuró echar bases sólidas para una amistad durable entre ellos: les esplicó las predicciones que habia desde tiempo muy antiguo sobre su llegada; y Cortés afirma en su segunda relacion, que dijo estar en la creencia que el monarca español era dueño de todo aquel vasto imperio. El hecho puede ser cierto; pero no debe dársele la absoluta inteligencia que los autores españoles adoptaron de estas palabras, sino como una muestra de deferencia que usaba para con un soberano con quien se empezaba á entrar en relaciones, pues por mucha fuerza que hicieran en su ánimo las predicciones de la llegada de gentes estrañas, nunca hubiera consentido en despojarse de su poder voluntariamente, ni el pueblo lo habria consentido. Los autores españoles, fundados en estas predicciones han querido justificar la conquista; sin considerar que la verdad de la prediccion no daba el derecho de la invasion, ni la profecía podia entenderse de un señorío temporal, sino espiritual por el poder de la verdad en la religion.

El P. Acosta con bastante juicio y prudencia, se espresa así de esta primera conferencia. «Muchos son de opinion que atendido el estado de cosas en aquel primer dia, hubiera sido fácil á los españoles hacer lo que hubieran querido del rey y del reino, y comunicarles la ley de Jesucristo con gran paz y contento de todos; pero los juicios de Dios son profundos.» Efectivamente, aprovechando la buena voluntad con que fueron recibidos, la natural liberalidad de los reyes aztecas y la buena índole del pueblo, se habrian entablado relaciones, que á la España le habrian dado grandes ventajas por los tesoros que abrigaba el imperio mexicano y la conside-